HE, S. XIX
6-118

SEMANARIO

PINTORESCO

ESPAÑOL.

HE
S.XIX
6-118

SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL.

FUNDADO EN 1836.

AÑO XXI.

1856.

MADRID.
Imprenta á cargo de JOAQUIN RENÉ, calle de la Union, núm. 3, cuarto bajo.

MDCCCLVI.

INDICE.

TABLA DE ARTICULOS.

HISTORIA.

Apunte histórico; *página* 135.—Las órdenes de Caballería, *por* don Manuel de Assas; 275.—Las Amazonas, *por* A.; 290.—Fortificacion. Rápida reseña histórica; 291.—Episodio histórico de la América española; 299.—Notables particularidades del casamiento de los Reyes Católicos; 301.—La armada invencible de Felipe II; 308.—Fiestas de la órden del Toison de Oro; 314.—Justas y Torneos. Apunte histórico, *por* don Emilio Tamarit; 364.—De la guerra de Durango con el linaje de Zaldivar, *por* don C. de V.; 395.—Orígen de la costumbre de quemarse las mujeres viudas en el Mogol, *por* don Emilio Tamarit; 402.—Carta federativa del siglo XIV, *por* don Evaristo Escalera; 402.

ANTIGUEDADES.

Estudios de Antigüedades. Armas. Catapultas, Cervatanas, *por* don José Muñoz Gaviria; *página* 220.—Estudios de antigüedades. Armas defensivas, *por* don José Muñoz Gaviria; 244.

BIOGRAFIA.

Adelaida Ristori, *por* don Leopoldo Augusto de Cueto; *página* 12.—Bernardo de Palissy, *por* don Luis de Castro; 34.—Biografia de Anibal Rinaldy, *por* don Pedro Antonio de Alarcon; 53.—Antera Baus, *por* don Diego Luque; 57 y 97.—Don Pedro Atanasio Bocanegra, *por* don J. Jimenez Serrano; 89.—Nuch de Fullalguer, *por* don Julian Saiz Milanés; 109.—Don Vicente Gutierrez de los Rios, *por* don L. M. Ramirez y de las Casas-Deza; 137.—Alfonso Alvarez de Villasandino, *por* don Cárlos de Pravia; 157.—Almeida. Garrett; 161.—Vien, *por* don J. Muñoz Gaviria; 201—El doctor don Francisco de Paula Seijas y Patiño, *por* don José Gonzalez de Tejada; 217.—Lorenzo Ghiberti, *por* el conde de Fabraquer; 225 —Pintores célebres Pedro Francisco Mola, *por* el conde de Fabraquer; 233.—Eustaquio Le Sueur, *por* el Conde de Fabraquer; 241.—San Lorenzo mártir, *por* don José Muñoz Gaviria; 249.—Doña Juana Pacheco mujer de Velazquez, *por* don Agustin Bonnat; 265.—Don José Nicolás de Azara y Perera, primer marqués de Nibbiano, *por* don Basilio Sebastian Castellanos de Losada; 289.—Juan de Mal-Lara, *por* don José Amador de los Rios; 329.—Fray Antonio de Villacastin, *por* A. 369 y 380.—Juan Bautista de Toledo; 377 y 386.—El Ilmo. Sr. don José Mariano Vallejo, *por* don Juan Bautista Peyronnet; 409.

ESPAÑA MONUMENTAL.

El Convento de Santa Engracia, *por* don Luis de Castro; *página* 4.—El Castillo de Fontecha, *por* don Remigio Salomon; 17.—Iglesia de San Roman en Toledo; 25.—Puerta del Cuarte en Valencia; 33.—El Convento de San Francisco en Orense, *por* don Pio de la Sota; 42.—Santa María de la Vega en Oviedo, *por* don Nicolás Castor de Caunedo; 60.—Velilla de Ebro, *por* don J. Alvarez y Adé; 68.—El Castillo de Baena, *por* don L. M. Ramirez y de las Casas-Deza; 73.—Puerta de Serranos en Valencia; 105.—El Cláustro de la Catedral de Oviedo, *por* don Nicolás Castor de Caunedo 113.—Casa de la Cadena en Navalcarnero, *por* don Julian Saiz Milanés; 124.—San Gerónimo de Madrid; 129.—Colegio de Corpus Cristi ó del Patriarca en Valencia, *por* don José Pastor de la Roca; 142.—Medina Azzahra, *por* don F. Javier Simonet; 169, 178, 186, 193, 210 y 237.—Una lágrima sobre las Ruinas de Numancia, *por* don Manuel Ibo Alfaro; 202, 222 y 228.—Las Ruinas de Itálica, *por* A.; 269.—El Castillo de Pontejos, *por* A; 277.—Uceda. Historia. Antigua iglesia de la Virgen de la Varga, *por* don Manuel de Assas; 305 y 353.—Casa en que murió Cristóbal Colon en Sevilla, *por* don D. M. Noguera; 321.—El Faro de Santander, *por* A.; 333.—El Castillo de Simancas, *por* don V. García Escobar; 337.—El Castillo de Bayona de Galicia, *por* don M. Murguia; 339.—Restos del Teatro de Sagunto; 348, 354 y 361.—Iglesia de Santiago en Luna, en Aragon, *por* don Julio Alvarez y Adé; 385.—El Castillo de Fuensaldaña, *por* don V. García Escobar; 395.—La Colegiata de Vitoria, *por* don Remigio Salomon; 401.—Castillo de Castro de Rey; 411.

ESPAÑA PINTORESCA.

Murcia; *página* 97.—Desfiladeros de la Coruña; 169.—El Nacimiento del Ebro, *por* don Manuel de Assas; 313.—La Isla de los Faisanes, *por* A.; 324.—Llodio, *por* don Manuel de Assas; 345.—Azcoitia, *por* A.; 361.—San Martin de Valdeiglesias, *por* don A.; 416.

BELLAS ARTES.

Un Cuadro de Rivera; *página* 9.—Grabado de El Drama de 1793; 77.—La Estátua de Mendizábal, *por* don Agustin Bonnat; 121.—Fuente de los Tritones; 157.—Urna de San Sebaldo, *por* M.; 177.—Cama de Riballier, estilo del Rena-

cimiento; 209.—Museo Real de Pinturas de Madrid, *por* don José Muñoz Gaviria; 252.—La Arquitectura Ogival ó Apuntada, llamada generalmente Gótica; 273 y 281.

ESTUDIOS LITERARIOS.

Don Ramon de la Cruz, *por* don Antonio Ferrer del Rio; *página* 3.—El Poeta, el Escritor, la Literatura actual, *por* don J. Heriberto García de Quevedo; 151.—La Lengua Sanscrita en España, *por* F.; 298.—Discurso pronunciado en la inauguracion de la Enseñanza de Lengua Sanscrita, en la Universidad Central de Madrid, *por* don Manuel de Assas; 322, 346 y 387.—Sobre la Poesía Oriental, *por* don F. Javier Simonet; 355, 372 y 394.

CIENCIAS Y ARTES DIVERSAS.

Estudios heráldicos, *por* don Antonio Moreno Pausen; *página* 166.—Semeiologia é Idiomografía; 285.—Fenómenos extraordinarios; 364, 373, 381, 388 y 389.—Geroglíficos egipcios, *por* don F. Bermudez y Sotomayor; 410.

INDUSTRIA.

Taller de Habanos peninsulares; *página* 215.

USOS Y COSTUMBRES.

La Cuestacion de Jueves Santo, *por* don José Muñoz y Gaviria; *página* 81.—Ermita de San Isidro, *por* V. B. 153.—El Toreador, *por* don Antonio Flores; 261.—De la Caza en la corte de Felipe IV, *por* don Manuel de Assas; 297.—La Virgen de los Alfileritos, *por* don Diego Montaut y Dutriz; 307.—Artes y oficios á principios del siglo XVI, *por* don Manuel de Assas; 316.—Festejos Reales, *por* don Manuel Ibo Alfaro; 378 y 398.—El Aguinaldo, *por* don Julio Alvarez y Adé; 393.—Danza del siglo XVI, *por* don Manuel de Assas; 404.

VIAJES.

De Madrid á Sevilla, *por* don R. Rua Figueroa; *página* 10.—Impresiones de viaje á Lisboa y sus contornos, *por* don Juan Antonio de la Corte; 26.—Viajes. Islas Jónicas, *por* don J. Heriberto García de Quevedo; 59, 66 y 74.—París físico y moral, *por* don José de Castro y Serrano; 75, 91, 102, 110, 117, 126, 130, 149, 155 y 165.—La Gran Plaza de Mégico; 116.—Viajes. Bombay, *por* don Pedro de Prado y Torres; 132.—Iglesia de Santa Cruz en las Islas Azores; 133.—El valle de Chamouní, *por* don Fidel de Sagarmínaga; 154.—El Rodano, *por* don José Muñoz y Gaviria; 185.—La Roca Tarpeya, tal cual hoy existe, *por* el Conde de Fabraquer; 193.—Pisa, *por* el Conde de Fabraquer; 235.—Nazareth, *por* don José Muñoz Gaviria; 252.—Un Niño misionero, *por* don José Muñoz Gaviria; 259.—Recuerdos de un viaje, *por* don Agustin Bonnat; 282.

AMENA LITERATURA.

Novelas, Cuentos, Anécdotas, Tradiciones y Baladas en prosa.

A vista de pájaro. Historia de unos amores, *por* don Luis de Eguilaz; *páginas* 5 y 13.—Un capricho de Cleopatra, *por* don Agustin Bonnat; 15 y 22.—La Calle del Mal consejo. Tradicion segoviana, *por* don Cárlos de Pravia; 17.—Balada en prosa. El Hidalgo de Arjonilla, por don Pedro de Madrazo; 20.—Causas célebres. El Clavo, *por* don Pedro Antonio de Alarcon; 23, 31, 37, 46, 54 y 69.—La Señora escondida, *por* don Luis de Castro; 28.—Balada en prosa. El Conde de Belalcázar; *por* don Pedro de Madrazo, 33.—Anécdotas; 39.—La Sombra del Caballero, *por* don Eduardo Gasset; 41.—La Deuda mas olvidada, *por* don J. E. Hartzenbusch; 43.—Anécdota histórica. El Gran Capitan; 48.—Las que hacen los vestidos y las que los usan, *por* don Luis de Castro; 49.—El Conde don Julian, *por* don L. M. Ramirez y de las Casas-Deza; 51.—Anécdotas históricas. Ardid de un Judío. Córtes en Toledo; 52.—Anécdotas históricas. Duque de Alba. Berruguete; 64.—Anécdotas históricas. Gran Capitan. Avila. Don Bernardino de Velasco; 66.—Nostalgia, *por* don Atonio de Trueba; 77, 94, 99, 111, 118 y 126.—Anécdotas históricas. Diego Beltran de la Cueva. El Rey Católico; 84.—Tabita. Novela religiosa, *por* don Joaquin José Cervino; 85.—Anécdotas; 104.—Una representacion en Lila. Anécdota histórica, *por* don Luis Mariano de Larra; 105.—Anécdota, *por* don Luis de Castro; 107.—Historia de amores, *por* don Juan de Ariza; 122.—La Locura por amor, *por* don José Pastor de la Roca; 147.—Un capítulo de las Memorias de Julia, *por* doña Josefa San Roman; 163.—Anécdota; 168.—Diez y ocho años despues, *por* don Agustin Bonnat; 173, 181, 189, y 197.—Un capricho, *por* don Ramon de Espínola; 175.—Amparo. (Memorias de un loco), por don Manuel Fernandez y Gonzalez; 183, 190, 198, 208, 214, 230, 234, 246, 254, 278, 302, 309, 325, 340 y 406.—Capítulo XIV. El Préstamo, *por* el Baron de Illescas; 205.—Dos ramos de flores, *por* don Agustin Bonnat; 251.—Dos amores, *por* don Francisco de Espínola; 267, 286 y 294.—Anécdota; 272.—Algunas apariciones extraordinarias; 283.—Los ahorros de una Condestablesa de Castilla, por A.; 300.—Rasgo de generosidad de los moros; 302.—Personas que leyeron muchas veces un libro, *por* M. C.; 302.—Anécdotas; 302.—Una Violeta, *por* don Manuel Ibo Alfaro; 317, 334, 349, 358; 366, 374, 382 y 389. Singular coincidencia; 324. El Monte del Ermitaño, tradicion popular, *por* don Juan de Dios Montesinos y Neyra; 405.

Composiciones en verso.

Soneto, á la muerte de la señora Doña María de... *por* don J. E. Hartzenbusch; 8.—A Pilar, *por* Fray Gerundio; 8.—Poesía, *por* don Antonio de los Rios Rosas; 8.—Falderos y tagarninas, Romance, *por* don José Gonzalez de Tejada; 16.—Soneto, *por* don Ventura de la Vega; 16.—La Vaquera de la Finojosa, *por* don Luis Eguilaz; 24.—Soneto, *por* don Ventura Ruiz Aguilera; 24.—Décimas, *por* don Juan Eugenio Hartzenbusch; 32.—El último y el primer dia del año, *por* Augusto de Lima, *traducido por* doña G. G. de Avellaneda; 40.—Una flor árabe, *por* don Antonio Arnao; 48.—Balada, *por* don Agustin Bonnat; 56.—Serenata, A..., *por* don Luis Eguilaz; 56.—Desafío, *por* don Manuel del Palacio; 64.—Cancion, *por* don Eduardo Gasset; 64.—En medio del Atlántico, *por* don Leopoldo Augusto de Cueto, 72.—Traduccion de Goethe, *por* don E. Florentino Sanz; 72.—La gira, *por* don Mariano Z. Cazurro; 79.—Jesus en el Calvario. Himno sagrado, *por* don Antonio Ferrer del Rio; 83.—Al monasterio denominado de la Peña, *por* don Francisco Martinez de la Rosa; 96.—La primera lágrima, *por* don Eduardo Gasset; 96.—Delicias domésticas, *por* don José Gonzalez de Tejada; 104.—Camino del cielo. Balada, *por* don Pedro Antonio de Alarcon; 112.—Las tres hermanas del Cielo, *por* don Pedro de Madrazo; 120.—De un drama idédito titulado La Flor del valle, *por* don Luis Mariano de Larra; 128.—Madrigal, *por* don Manuel Murguia; 128.—Mañanas de Abril y Mayo, *por* don Gregorio, Romero Larrañaga; 136.—Plegaria, *por* don Juan Valera; 143.—La Esperanza mejor, *por* don Antoni Arnao; 144.—Décima, *por* don J. E. Hartzenbusch; 152.—Soneto, *por* don Ventura Ruiz Aguilera; 152.—Al amigo desconocido, *por* don J. Heriberto García de Quevedo; 160.—Lo que sobra en el mundo, *por* don José Gonzalez de Tejada; 160.—Poesía, *por* don Luis Mariano de Larra; 168.

—En la muerte de una niña, *por* don Juan Valera; 176.—La Felicidad, *por* don Juan Nicasio Gallego; 176.—Madrigal, *por* don D. V. Barrantes; 184.—A... *por* don José J. Villanueva; 184.—Madrigal, *por* don Antonio Hurtado; 192.—La Verbena de San Antonio, *por* don Francisco Zea; 192.—Flores, *por* don Luis Barreda; 200.—Soneto. De la completa felicidad, *por* don J. J. Cervino; 224.—En la temprana muerte del doctor don Francisco de Paula Seijas. Soneto, *por* don Joaquin José Cervino; 224.—En el Album de la señorita doña Dolores Muñoz Gaviria, *por* don Eugenio de Ochoa; 224.—Egloga urbana, *por* don Joaquin José Cervino; 232.—A Dolores, *por* el Baron de Illescas; 232.—En el Album de la marquesa de Nevares. A... *por* don Luis Mariano de Larra; 232.—El Ultimo Beni-Omeya, leyenda morisca, *por* don Ventura García Escobar; 240, 248, 256, 272, 311, 327, 343, 351, 360, 368, 376, 384 y 392.—Soneto, *por* don J. de Dios de Mora; 240.—Romance dedicado á los Emperadores de Francia Napoleon III y Eugenia, *por* don A. Duran; 263.—En la primera página del Album de una niña recien nacida, *por* don M. de A.; 272.—Epígramas, *por* don H. Munárriz; 280.—Soneto, *por* don Amós de Escalante; 288.—Sonetos. 1.° Pancracia la Solterona; 2.° La Pepa; *por* don David Acebál y de Rochambeau; 296.—Fantasía, *por* don Bienvenido V. Cano; 304.—Epígramas, *por* don H. Munárriz; 317.—Dar posada al peregrino, *por* don Fausto Lopez Villabrille; 319.—A bruto, bruto y medio. *por* don F. L. Villabrille; 320.—Los amores de Aben-Zaide, *por* don Manuel Fernandez y Gonzalez; 336.—A Juana, *por* don David Acebál y de Rochambeau; 351.—La vuelta de la vacada, *por* don Benito Vicens y Gil de Tejada; 359.—Epígramas, *por* don David Acebál; 376.—Amor del Cielo, *por* don Juan Valera; 392.—Los lunares de la vida, *por* don José Gonzalez de Tejada; 399.—A la muerte de Carolina. Soneto, *por* don Serafin Olave; 400.—Anacreónticas de Jacobo Vittorelli, *traducidas por* don José Gonzalez de Tejada; 408.—Serenata en Pinto, *por* don José Gonzalez de Tejada; 412.

VARIEDADES.

Los Lectores del SEMANARIO, *por* don Angel Fernandez de los Rios; *página* 1.—Las mujeres y los niños, *por* don Antonio de Trueba; 19.—Mi vuelta al mundo, *por* don Juan de Ariza; 29.—Un dia de estos, *por* don Enrique de Cisneros; 37.—El nido de águilas; 65.—Auto-biografía, *por* don Joaquin Maldonado y Macanaz; 133 y 139.—El Cigarro, *por* don Eduardo Gasset; 141.—Escena X del acto cuarto de El Tejado de vidrio; 144.—La Caza, *por* don Eduardo Gasset; 145.—Artículo histórico, crítico, recreativo para el que lo lea sobre un viaje, etc., *por* J. G. H.; 163.—Las uñas y los guantes, *por* don Ramon de Espinola; 243.—Al amigo desconocido, *por* don J. Heriberto García de Quevedo; 270.—Excentricidad inglesa; 301.—Fantasía, *por* don Evaristo Vigil Escalera; 357.—Epístola á don Rafael Coronel y Ortiz, *por* don Manuel Ibo Alfaro; 367.—Máximas; 8, 63, 84, 128 y 148.

TABLA DE GRABADOS.

ANTIGUEDADES.

Antigüedades encontradas en Velilla; *página* 69.—Catapulta; 220.—Cervatana; 221.—Armadura de don Diego García de Paredes; 244.—Armadura de Cristóbal Colon; 245.—Galeon de la Armada invencible; 308.—Galera de la Armada invencible; 309.

RETRATOS.

Adelaida Ristori; *página* 12.—Don Francisco Pizarro; 21.—Bernardo de Palissy; 36.—Aníbal Rinaldy; 53.—Antera Baus; 57.—Don Pedro Atanasio Bocanegra; 89.—Don Vicente Gutierrez de los Rios; 137.—Almeida Garret; 161.—El doctor don Francisco de Paula Seijas y Patiño; 217.—Doña Juana Pacheco, mujer de Velazquez; 265.—Don José Nicolás de Azara y Perera, primer marqués de Nibiano 289.—Juan de Mal-Lara; 329.—Fray Antonio de Villacastin; 369. Juan Bautista de Toledo; 377.—El Ilmo. Sr. Don José Mariano Vallejo; 409.

ESPAÑA MONUMENTAL.

El Convento de Santa Engracia; *página* 4.—El Castillo de Fontecha; 17.—Interior de la iglesia de San Roman en Toledo; 25.—Puerta del Cuarte en Valencia; 33.—Santa Maria de la Vega en Oviedo; 60.—Sepulcro de doña Gontroda; 61.—San Nicolás de Barí en Velilla del Ebro; 68.—El Castillo de Baena; 73.—Puerta de Serranos en Valencia; 105.—El Claustro de la Catedral de Oviedo; 113.—Casa de la Cadena en Navalcarnero; 124.—Ermita de San Roque; 125.—S. Gerónimo de Madrid; 129.—Ermita de S. Isidro; 153.—Las Ruinas de Itálica; 269.—El Castillo de Pontejos; 277.—Puerta de la casa del Cordon en Burgos; 301.—Antigua iglesia de la Virgen de la Varga en Uceda; 305, 353, y 357.—Casa en que murió Cristóbal Colon en Sevilla; 321. El Faro de Santander; 333.—El Castillo de Simancas; 337.—Castillo de Bayona de Galicia; 341.—Restos del Teatro de Sagunto; 348.—Iglesia de Santiago en Luna, en Aragon; 385.—Castillo de Fuensaldaña; 397.—La Colegiata de Vitoria; 401.—Castillo de San Martin de Valdeiglesias; 412.

ESPAÑA PINTORESCA.

Murcia; *página* 97.—Desfiladeros de la Coruña; 169.—El Nacimiento del Ebro; 313.—La Isla de los Faisanes; 324.—Llodio; 345.—Azcoitia; 361.

BELLAS-ARTES.

Un cuadro de Rivera; *página* 9.—Monumento de Jueves Santo en las Calatravas; 101.—La Estátua de Mendizábal; 121.—Fuente de los Tritones; 157.—Urna de San Sebaldo; 177.—El Ermitaño dormido, (de Vien); 201.—Cama de Riballier, estilo del Renacimiento; 209.—La Huida á Egipto, cuadro de Francisco Mola; 233.—La Predicacion del Doctor Raimundo, copia del cuadro de Eustaquio Le Sueur; 241.—San Lorenzo mártir, copia de Eustaquio Le Sueur; 249.—Museo Real de Pinturas de Madrid; 257.—Sepulcro de Azara en Barbuñales; 293.

MONUMENTOS EXTRANGEROS.

La Gran Plaza de Mégico; *página* 116.—Iglesia de Santa Cruz en las islas Azores; 133.—El Baptisterio de Florencia; 225.—La Torre inclinada de Pisa; 236.—Iglesia de San Francisco en Nazareth; 253.—Ruinas de la abadia *des Vaux-de Cernay;* 273.—Iglesia de *Lery.* (Departamento *de l'Eure*); 281.—Monumento conmemorativo de Azara, ejecutado en Roma por Canova; 292.

CIENCIAS.

Fenómenos extraordinarios. Figura del potro con cara humana; *página* 264.—Figura del mónstruo de Ravena; 264.—Figura de la mujer con dos cabezas; 373.—Figura de las dos niñas unidas por la espalda; 373.—Figura del hombre de cuyo vientre colgaba otro; 381.—Figura del niño monstruoso que tenia dos cabezas, dos brazos y cuatro piernas; 381.—Figura del mónstruo que salió de un huevo; 388.—Figura de los gemelos unidos en una sola cabeza; 389.

USOS, COSTUMBRES Y TRAJES.

La Cuestacion de Jueves Santo; *página* 84.—Trajes de Portugal; 149, 165 y 229.—Monteria de jabalíes con horquilla; 297.—Doña Mencía de Mendoza; 300.—Estudio de pintor del siglo XVI; 316.—Taller de zapatero en el siglo XVI; 317.—El Aguinaldo; 393.—Danza del siglo XVI; 405.

VIAJES.

El Ródano; *página* 185.—La Roca Tarpeya tal cual hoy existe; 193.—Un niño misionero; 260.

ESCENAS DE NOVELAS, ETC.

La sombra del caballero; *página* 41.—La Deuda mas olvidada; 45.—Tabita; 85.—Anécdota de don Luis de Castro; 109.—Acto cuarto de El Tejado de vidrio; 144.—Diez y ocho años despues; 173, 181, 189 y 197.—El Préstamo; 205.

GRABADOS VARIOS.

Los lectores del SEMANARIO; *página* 1.—La Señora escondida; 28.—Peligros de Madrid. Alvolver una esquina; 32.—Las que hacen los vestidos y las que los usan; 49.—El nido de águilas; 65.—La nueva campana de Velilla; 69.—De El Drama de 1793; 77.—Peligros de Madrid; 93.—El Cigarro; 141.—La Caza; 145.—Taller de habanos peninsulares; 213.—Portada de la casa en que estuvo la Redaccion y Administracion del SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL; 215.—Escudo de armas de la casa de Pontejos; 285.—Geroglíficos egipcios; 410.

GEROGLIFICOS.

Páginas; 16, 40, 48, 56, 64, 72, 88, 104, 120, 136, 152, 160, 176, 184, 200, 248, 296, 304, 312, 328, 352, 368 384 y 400.

SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL.

LECTURA DE LAS FAMILIAS. — ENCICLOPEDIA POPULAR.

LOS LECTORES DEL SEMANARIO.

Veinte años de publicidad no interrumpida, en medio de los horrores de una guerra civil, en medio de las grandes vicisitudes de una revolucion política, han llegado á granjear al SEMANARIO un público especial, un puesto privilegiado en el seno de muchas familias, donde todas las semanas se espera con impaciencia al repartidor ó al cartero que trae la lectura para el domingo, la página suelta del libro en que halla gratos recuerdos el anciano, saludable enseñanza el jóven, honesto recreo la doncella, fecunda diversion el niño, cuyos primeros pensamientos de hombre se inspiran no pocas veces en esta publicacion, de todos querida.

El artista ha reproducido hábilmente en el grabado que va al frente de este artículo uno de esos cuadros que forman aquellas familias donde el SEMANARIO tiene conquistada la preferencia en el velador de reunion y en la biblioteca del padre, y una acogida benévola y cariñosa en corazones sanos, que aun conservan amor á las glorias españolas.

Un pequeño pliego impreso tiene el privilegio de embargar la atencion de esas siete cabezas, en las cuales se hallan representadas todas las edades, y acaso todas las ilusiones y todos los desencantos que en revuelto torbellino forman los capítulos del libro de la vida.

6 DE ENERO DE 1856.

La niña que al cumplir los quince años acaba de salir del colegio con la reputacion de leer correcta y graciosamente, se ha encargado de entretener á sus oyentes con el número del SEMANARIO, reservado para esta hora de tranquilo reposo. Uno de esos cuentos morales de ingeniosa trama y de accion complicada que frecuentemente llenan las páginas de este periódico, preocupa ahora á esa pequeña asamblea; no es maravilla que lea con entonacion animada la pobre niña, que no sabe aun del mundo mas que la vida de los santos y los libros de enseñanza que la han hecho aprender de memoria desde la infancia; pero ved con qué atencion escuchan tambien las dos hermanas mayores, que ya están avezadas á los efectos de los dramas franceses, y hasta el estudiante de leyes, que antes ha dado su voto sobre la fábula de Hartzenbusch y la letrilla de Breton, y aun ha emborronado algunas cuartillas con renglones de diversos tamaños, teniendo delante una cancion morisca de Zorrilla.

Un fatal (*se continuará*) viene de pronto á cortar el cuento cuando mas apurado se encontraba el principal personaje, y á correr el telon sobre la escena que con tan vivos colores acaba de describir el autor; la impaciencia se pinta en todos los semblantes; es preciso esperar á otro domingo para saber *en que paró* el enredo; es preciso resignarse á un entreacto que dure una semana; la niña recorre de mal talante los títulos de otros artículos del SEMANARIO, el padre la manda leer la descripcion de un antiguo monumento olvidado en un rincon de provincia, y la vida de un español célebre, cuyo nombre es conocido, pero cuyos hechos ignora el auditorio. Al escuchar la tradicion poética por la cual se fundó el edificio, las grandes ceremonias que en él se celebraron y la triste soledad y doloroso abandono en que se encuentra, las mujeres se olvidan del cuento interrumpido, el padre nubla su frente, y el jóven medita en la tradicion, viendo desfilar en su fantasía los personajes que figuran en aquella historia; y sumiéndose en meditaciones sobre las vicisitudes que traen consigo la sucesion de los siglos, la variacion de costumbres y las diversas tendencias de la humanidad. Al oir los crímenes del tirano y la degradacion vergonzosa del favorito; al escuchar los arranques de hidalguía y valor del guerrero, los triunfos y las conquistas del caudillo, los sufrimientos y la constancia del navegante, que tuvieron por premio el descubrimiento de tierras ignoradas, los actos de virtud y filantropía del bienhechor de la humanidad, y las contrariedades y las glorias del poeta, la imaginacion de todos los que atienden se interesa en que aquellas figuras evocadas de los sepulcros, donde descansan hace siglos, tengan al fin la recompensa que merecen, y el padre siente que su corazon, que creia gastado, se rejuvenece, y los ojos del mancebo se animan y su imaginacion trabaja, y se siente ya capaz de atajar la carrera de los hombres funestos, y ambiciona acometer grandes empresas para adquirir la gloria inmarcesible que rodea en la posteridad á hombres verdaderamente grandes.

Pero ¿qué hace en el grupo de nuestro grabado ese rapaz, dando vueltas con sus pequeñas manitas á un número atrasado del SEMANARIO y pugnando por leer del revés el título de una lámina? ¿Qué prodigio se ha obrado en él para que haya abandonado sus juegos estrepitosos y permanezca en esa postura, casi grave, hace un cuarto de hora? El retrato de un guerrero á caballo ha hecho este milagro; aquella imaginacion vírgen, que no acierta aun á compaginar las ideas, ha reconcentrado todas sus facultades perceptivas en la representacion de aquella figura, y tras de exámen tan prolijo viene la curiosidad de leer la línea que hay al pié, y tras de la curiosidad, el intento de aprovechar sus rudimentos en el abecedario para combinar las letras, y tras del intento, el resultado. Ese niño, que parece una figura postiza entre los lectores del SEMANARIO, tiene ahí su representacion propia: es uno de tantos como le deben la primera lectura de aficion; un renglon no mas, es verdad, pero nunca habian conseguido otro tanto los maestros; y este resultado, que satisface el instinto del amor propio aun no desarrollado, le lanzará á otras tentativas, y tras del afan de leer los títulos de los grabados, vendrá el intento de copiarlos, y al fin deberá al SEMANARIO su primer dibujo (que no aconsejo á mi amigo Gasset reproduzca en este periódico), como le ha debido la primera lectura.

Estas diversas impresiones, graves y ligeras, sérias y festivas, tristes y alegres, que el SEMANARIO produce en sus lectores habituales, forma en ellos un órden de pensamientos y de sensaciones, cuya iniciativa le pertenece, y cuya influencia, léjos de borrarse con el dia, crece y toma nuevas proporciones á medida que pasan los años y se suceden los diversos períodos de la vida.

El niño que deletrea la primera línea en el SEMANARIO no olvida jamás la página en que está impreso aquel renglon que le valió un beso de sus padres y hermanos, el primer premio de aplicacion en la penosa carrera que debia emprender para ser útil á la sociedad. La doncella, que leyó en el SEMANARIO la primera cantiga de amor, no tendrá dificultad en repetirla de memoria, sin equivocar un solo verso, muchos años despues, aunque el otoño de la vida haya secado ya su corazon, encanecido su cabeza y velado los recuerdos de su juventud. El estudiante que debe al SEMANARIO la primera opinion sobre tal ó cual período histórico, sobre este ó el otro grande hombre, sobre un monumento cualquiera, no leerá nunca un historiador sin la prevencion de aquel juicio primitivo; no oirá pronunciar un nombre célebre sin recordar la primera apreciacion que de él hizo; no concluirá un viaje, no penetrará en un edificio notable, sin acordarse del SEMANARIO, *ciceronne* de confianza, que sin sacarle de su casa le llevó de la mano á recorrer todas las curiosidades del monumento, y se lo dió á conocer mucho tiempo antes de que lo viera.

A estas impresiones indelebles, claramente consignadas en el SEMANARIO, se unen otras que no están escritas en él: vagas, indeterminadas, caprichosas; pero exactas, solemnes é imperecederas.

Cada tomo del SEMANARIO es no pocas veces la clave de la historia individual del lector durante un año; cada número es una memoria de un hecho privado; cada artículo, cada dibujo, es el recuerdo de observaciones y de situaciones que no expresan ni representan allí mas que para el que las ha oido ó ha pasado por ellas. La madre que le leyó aquel cuento moral y le explicó los pasajes oscuros no existe ya; jamás abrirá el hijo sin respeto aquellas páginas casi sagradas en que se encuentra la leyenda; jamás las contemplará sin recordar las impresiones de la voz cariñosa que iba comentando los pensamientos del autor. El hermano con quien discutia sobre la inteligencia de un hecho histórico ó sobre la propiedad de un grabado, vive en remotos climas hace muchos años; pero al abrir el libro por el mismo sitio que él le abrió, aun parece que oimos el eco lejano de su voz querida, y nos parece que hay en aquellas hojas un lazo de union que salva la distancia que nos separa: la lámina que representa tal poblacion nos recuerda de pronto todo un período de nuestra existencia; esta poesía coincidió con tal suceso crítico; en el espíritu de aquel artículo estaba identificada nuestra situacion cuando le leimos su vez primera; casi todos los números de la coleccion nos recuerdan los juegos de la niñez, el gérmen de nuestros pensamientos, el orígen de nuestras amistades, la época de nuestros amores, los tiempos de nuestras ilusiones ó la fecha de nuestros desencantos.

Así el SEMANARIO, que imprime las primeras imágenes en la infancia y las primeras ideas en la juventud, que es la obra de consulta forzosa en la edad madura y el libro de recuerdos en la vejez, viene á ser al cabo el compañero leal, el amigo constante, el archivo completo de datos y memorias para sus habituales lectores.

Tal es para ellos este gran repertorio literario y artístico; tales son para el SEMANARIO aquellas familias, no escasas en verdad, que tienen probada su aficion á este periódico, trasmitiéndose de padres á hijos el interés en hacer buena acogida á esta lectura del domingo; tales al menos he llegado á comprender que son los lazos que le unen con su clientela en los diez años que he sido mediador de sus recíprocas relaciones.

ANGEL FERNANDEZ DE LOS RIOS.

DON RAMON DE LA CRUZ (1).

..... Ya se ve adonde llegaron los autores dramáticos españoles de la época de Cárlos III. Tanto el marqués de Grimaldi como el conde de Aranda obraron en el mismo sentido que ellos, mandando traducir para los teatros de los sitios reales y de la corte comedias y tragedias francesas; pudo serles propicia la division radicada entre *chorizos* y *polacos*, si interesaran á unos ó á otros en su proyecto de reforma: dotes dramáticas no faltaron á algunos; pero echaron por mala senda, y pagólo especialmente su propia fama. No solo fracasaron en la temeraria empresa de arrumbar á Lope, Calderon y sus buenos imitadores, sino que se hicieron tan poco lugar en el teatro, que no alcanzaron á evitar los ruidosos y continuados triunfos escénicos de Comella. Siendo esencialmente popular la dramática poesía, desdeñáronse de calzar al pueblo zueco ni coturno, y parece como que aspiraron á proscribirle de las tablas.

Vengóle á maravilla de tamaño desman un madrileño ilustre, D. Ramon de la Cruz y Cano, que, nacido en 1731 de buena familia, gozó el favor del público desde que se dió á conocer en la escena, y verosímilmente no lo perderá nunca. Duélenos haberle de juzgar no mas de pasada. Al imprimir varias composiciones suyas por consecuencia de una crítica injusta de Signoreli, dijo en el prólogo lo siguiente: «Los que han paseado en el dia de San Isidro su pradera; los que han visto el «Rastro por la mañana, la plaza Mayor de Madrid la víspera «de Navidad, el Prado antiguo por la noche y han velado «en las de San Juan y San Pedro; los que visitan por ociosi«dad, por vicio ó por ceremonia..... en una palabra, cuantos «han visto mis sainetes reducidos al corto espacio de veinticin«co minutos (despues de rebajar el punto de vista con la deco«racion á veces nada á propósito, y las actitudes tan mal es«tudiadas como á veces los versos), digan si son copias ó no de «lo que ven sus ojos y de lo que oyen sus oidos; si los planes «están ó no arreglados al terreno que pisan, y si los cuadros no «representan la historia de nuestro siglo.» Nadie se aventuró á desmentirle. ¿Qué se ha de añadir en su elogio?

Para observar tenia privilegiado talento, imaginacion fecunda para dar vida á sus observaciones, suelto pincel para dibujar caractéres, natural donaire para dar á cada uno su tono. Excederle en la facilidad del diálogo es árdua empresa, y mas todavía en la dote privilegiada de caminar siempre á un fin moral y jugueteando y divirtiendo. Petimetres almibarados y petimetras casquivanas, majos temerones y jaraneros y majas zumbonas y ariscas, payos pazguatos ó maliciosos y payas pizpiretas ó simples, falsas devotas, abates cortejadores, maridos pacatos y mujeres desperdiciadas, pajes entremetidos y con ínfulas de señores, criadas locuaces y ventaneras, usías menesterosos, viejas linajudas, niños picoteros, viejos verdes, mayordomos de cofradía que se arruinan con rumbo, viudas que se cansan de serlo, y otros cien tipos con que D. Ramon de la Cruz tropezaba á la vuelta de cada esquina, pasaron á su impulso del mundo al teatro, para que se viera allí la sociedad en variadísimo panorama, y se avergonzara de sus vicios y convaleciera de sus ridiculeces. Tal fué el grande objeto de este poeta insigne. Un ejemplo valga por todos.

Cuando Feijoó no dejaba á vida ninguno de los entes imaginarios á quienes daban cuerpo las preocupaciones del vulgo, dijo en unas de sus *Cartas eruditas:* «Aunque afirmo y afirma«ré siempre que comunísima y regularísimamente las travesuras «que se atribuyen á duendes son efecto, no de la malicia de los «demonios, sino del artificio de los hombres, admito la excep«cion de uno ú otro caso.» Cruz los desecha todos, y para hacer mas ridículas tales patrañas, las combate por medio de los mas patanes ó débiles que saca á la escena. *El Duende* titula uno de sus sainetes; y la accion pasa de modo que temen al supuesto ser sobrenatural un sacristan, un soldado y hasta un sargento, y un rústico pastor le hace cara y descubre que es un barberillo, novio de una hermana suya. Todavía en la *La Fantasma del lugar* resalta mas la intencion del poeta. Aquella trae espantados á los vecinos, la justicia tiembla de salirle al encuentro, los mozos no se atreven á rondar á las mozas, y estas son las que sin aprension ni susto la acometen á pedradas, con lo que se viene á averiguar que la vision nocturna procede simplemente de que el herrador se envuelve en una sábana para requebrar á sus anchuras á la hija del alcalde.

¿Qué importan algunas incorrecciones de Cruz, si en cambio apenas se pueden citar palabras suyas ofensivas á oidos castos? A veces deja á medio trazar sus graciosos cuadros; pero no adolecen de este defecto *La Comedia de Maravillas*, *Los Gutibambas y Mucibarrenas*, *El Duelo*, *Inesilla la de Pinto*, *La Fineza de los ausentes*, *La Oposicion á cortejo*, *Las Señorías de moda*, ni otros varios bien concluidos. Si le afean algunos que generalmente deja airosa á la gente del bronce, ya en *Los Majos vencidos* contesta al reparo por boca de D. Jaime:

Los majos solo dan miedo
A los usías, que temen
Les descompongan el pelo
O les rompan los encajes;
Pero á mí se me da un bledo.
. . . . . No hay en Madrid
Hombre que tenga mas miedo;
Pero esta gente, que todo
Lo compone hablando recio,
Mirando de rabo de ojo
Y doblando ansina el cuerpo,
En tropezando con quien
Los entiende, se caen muertos.

Inútil fuera detenerse á inquirir si hay verdad en tan bellos cuadros: *La Pepa y la Juana ó el Buen casero*, llamó Cruz á uno de sus sainetes; pero reconociendo el público en punto determinado de Madrid el original de tan fiel copia, le pareció título mejor *La Casa de Tócame-Roque*, y ya no se le conoce por otro.

¿Qué pensaba D. Ramon de la Cruz del teatro español antiguo y del de su tiempo? El esclarecimiento de esta cuestion no cabe en la presente reseña; basten algunas indicaciones. *La Venganza del Zurdillo*, *El Muñuelo*, *El Marido sofocado*, *El Manolo*, son parodias chistosísimas de tragedias que se aplaudieron mucho, y de las cuales se retienen como proverbios diversas frases. *Don Mamerto*, poeta, y *Don Rosendo*, abogado, sostienen un diálogo animadísimo en el sainete que se titula *El Café extranjero*, y de allí se traslada el siguiente pasaje:

MAMERTO. No es lo que hay de profesion
A profesion nada.
ROSENDO. Es cierto,
Lo que hay de un arte de locos
A una ciencia de discretos.
MAMERTO. ¡Cómo loco! Diga usted,
Hablando con tono sério,
¿Qué tiene mas que hacer? ¿una
Comedia ó un pedimento?
ROSENDO. ¿Y qué poeta hace hoy
Una buena?
MAMERTO. No empecemos
Con la costumbre maldita
De torcer el argumento,
Porque, *si no hay quien las haga,*
Ha habido quien las ha hecho.

En suma, el único poeta dramático verdaderamente nacional y célebre de la época de Cárlos III es D. Ramon de la Cruz y Cano. Conocedor de nuestro teatro, que aventaja en riqueza á

(1) El autor nos ha facilitado este artículo que forma parte de la concienzuda *Historia del reinado de Cárlos III*, que hace años escribe, y terminada ya está á punto de publicarse.

todos, dotado de natural festivo, «dedicándose particularmente «á la composicion de piezas en un acto, llamadas sainetes, supo «sustituir en ellas, al desaliño y rudeza villanesca de nuestros «entremeses, la imitacion exacta y graciosa de las modernas cos«tumbres del pueblo.» Como precursor de Moratin hijo, ocupa tambien una página señalada en la historia de la poesía dramática española.

ANTONIO FERRER DEL RIO.

EL CONVENTO DE SANTA ENGRACIA.

A los Reyes Católicos de feliz memoria y que tantos y tan notables recuerdos de su reinado han dejado en España, se debe este precioso convento, visitado por artistas y eruditos como una de las mas preciosas construcciones de su época.

El tiempo y los azares de la guerra han contribuido á que las miradas de los curiosos se fijen con sentimiento al par que con veneracion en lo que antiguamente llamado obra de arte hoy solamente lleva el triste nombre de ruinas.

Muchas veces se ha hablado, muchas se ha citado con elogio el magnífico claustro adornado de una preciosa columnata de mármol blanco como una de tantas pruebas que podian alegarse de su riqueza y antiguo esplendor.

La ciencia de la heráldica ha estudiado con gusto é interés la oculta historia que en los diferentes escudos de armas y alegorías estaba escrita, y fijada con ellos en las vastas paredes del claustro.

Hombres ilustres han hallado sepulcro entre aquellas grandiosas paredes; y en medio de las diferentes obras que el arte religioso habia amontonado en él, se destacaban mudos los sepulcros de Gerónimo Blancas y de Zurita.

El de este último, colocado en medio de la iglesia, era notable por su magnificencia.

Blancas el historiador y cronista de Aragon, reposa á la sombra de los inmensos cláustros del convento.

Ruinas de la iglesia de los santos mártires en el convento de santa Engracia de Zaragoza.

La portada, hecha á uso de retablo, se componia de dos cuerpos: el primero, compuesto de cuatro columnas, estaba adornado con magníficas estatuas de piedra que representaban los cuatro doctores de la iglesia.

En el segundo ocupaba el centro una estatua del niño Jesus, y á los costados de ella las de los dos Reyes Fernando é Isabel, sus fundadores, humildemente puestos de rodillas y en señal de adoracion.

Dominaba á estos dos cuerpos del pórtico, una gran cruz de piedra, á cuyos costados se elevaban las estatuas de la Vírgen y de San Juan.

La puerta era de arco y todo el compuesto de multitud de cabezas de serafines hábilmente colocadas en agradable simetría.

En los costados laterales habia embutidos dos medallones grandes de piedra, en los que se leian estos nombres esculpidos.

Numa Pompilius.
M. Antonius.

En el interior de la iglesia, adornado con mucho arte, mármoles de diversos colores combinados con oro, tapizaban sus muros, imprimiendo á la augusta mansion del Señor un carácter severo al par que rico y agradable.

Una puerta lateral, siempre cerrada, daba paso á la bóveda de 12 pies de altura en que estaban colocadas las reliquias de los santos Mártires.

Se llamaba *las Santas Masas*.

Era una verdadera catacumba en la que el cristiano podia

estudiar las persecuciones tiránicas de que sus primeros correligionarios habian sido víctimas.

Se dividia en seis naves formadas por 30 columnas pequeñas de mármoles variados como los de la iglesia y bien pulimentados.

El techo pintado de azul hacia destacar infinidad de estrellas de oro que con su brillo y el de los mármoles de la columnata, alejaban del espectador las tristes impresiones que siempre producen en el alma estos tétricos lugares.

En diferentes vasijas de cristal, de distintos tamaños y hechuras, se conservaban preciosas reliquias.

Unas contenian sangre de los mártires.

Otras encerraban sus preciosas y santas cenizas. Dominaba á todas la cabeza de la patrona Santa Engracia metida en una urna de plata bien cincelada.

El cuello de la Santa estaba adornado con un magnífico collar de piedras preciosas.

Las demas cenizas y restos de los mártires segun tradicion del pais, se conservaban en un pozo sombrío, que habia en medio de la iglesia y al que rodeaba una barandilla de hierro.

Estaba dedicada á los Santos Mártires de Zaragoza, y sus moradores eran de la órden de San Gerónimo.

No ha mucho se elevaba esta iglesia en todo su esplendor, hoy solo presenta el desconsolador aspecto de unas ruinas.

La memorable guerra de la Independencia la ha destruido.

Célebre es en los anales de nuestra historia contemporánea la gloriosa resistencia de los zaragozanos.

Grande ha sido la heróica defensa de su ciudad.

Inmortal su sitio.

Entre los edificios que mas contribuyeron á estas glorias, está colocado el nombre de Santa Engracia.

Aun se ven en sus restos las señales de las balas de los enemigos.

Cuando los franceses entraron en él, pisaron escombros y humeantes ruinas.

Hoy en medio de la campiña desolada que le rodea, asombra aun con sus restos y da idea de lo que debió ser la obra de los Católicos Reyes de España.

LUIS DE CASTRO.

A VISTA DE PAJARO.

HISTORIA DE UNOS AMORES.

Á AGUSTIN BONNAT.

I.

DE ALTO Á BAJO.

La boardilla de Félix caia sobre los jardines del duque de Campo-Bello, unos jardines magníficos, acaso los únicos que en Madrid son dignos de llevar este nombre.

Porque ahora se llama jardin á cualquier cosa: á un pedazo de tierra de ocho ó diez pies cuadrados con una fuente sin agua, un raquítico castaño de Indias, dos lilas moribundas y un espectro de rosal. Esto nos recuerda aquello de

«Paris est pour les riches un pays de cocagne
Sans sortir de la ville il trouve la campagne.»

Pues sin embargo, en este punto Paris es tan malo como Madrid; solamente que los españoles somos mas *francos*.

Todo esto no obsta para que la duquesita de Campo-Bello fuera una niña encantadora, y su tia una vieja horrible, una tia en fin, con cara de tia.

Félix las solia contemplar cuando por el jardin paseaban, á vista de pájaro como quien dice, y á pesar de la inmensa altura que los separaba, no se le habia escapado el mas leve rasgo de sus fisonomías, porque los pobres tienen por lo regular muy buena vista.

Esto consiste en que carecen de dinero para comprar anteojos.

Hemos hecho la observacion de que la vista es el sentido de los pobres, el sentido democrático por excelencia, en fin aquel que puede recibir mayor número de impresiones *gratis*.

Como Félix no podia oir el murmullo de las fuentes, ni aspirar la fragancia de las flores, ni gustar de las frutas, ni gustar nada de lo que el jardin contenia, se contentaba con mirarle; y en esto no disfrutaba mas su dueño, es decir, disfrutaba menos, porque Félix, además de ver el jardin, veia á la Duquesita, la mas bella de sus flores, como diria un pollo poëtico ó un poeta con cañones.

II.

Si alguna vez habeis sido niños ó jóvenes siquiera, cosa que dudo bastante, porque en estos tiempos nacen los chicos con un cigarro en la boca y un quintal de desengaños en el corazon, sabréis lo que son ilusiones.

En cuanto á Félix, puedo aseguraros que lo sabia perfectamente. ¡Vaya si lo sabia! ¡Como sabe el banquero lo que son letras de cambio, como el mercader lo que son varas de tela! ¡Como que vivia de ilusiones, como que comia ilusiones, como que ellas eran su único caudal!

¡Bonito caudal!

No os admireis, hombres-cifras. Las ilusiones son un género de comercio como otro cualquiera, una cosa que se compra y se vende, y quizá la mas positiva del mundo. El cuadro de las meninas es la ilusion de Velazquez; el *Quijote*, la del príncipe de los escritores; la Alhambra no es al fin y al cabo mas que la ilusion de un arquitecto.

¡Oh! Y todo esto vale mucho dinero.

Una ilusion es ni mas ni menos que una mina: necesita ser explotada. No hay nada mas material en la práctica que lo mas ideal en teoría, y vice-versa. ¿No es una parte de las matemáticas, la ciencia exacta por antonomasia, el cálculo de probabilidades? En cambio, Alfonso Kaar ha calculado las letras que podria sacar de su tintero y los francos que este podia valerle.

Sí, caro lector español, hay una raza de hombres, tú lo ignoras como ignoras otras muchas cosas, á quienes Dios condenó á ganar el preciso sustento con el sudor de la pluma, como á tí con el sudor de tu frente, y estos hombres sacan una porcion de cosas de un tintero, de donde tú no sacarias mas que tinta. Para estos hombres de que te hablo, unas botas son un artículo de costumbres, la corbata una poesía lírica, el gaban un acto del drama que anoche te hacia llorar en el teatro, y se comen una tragedia y duermen sobre una novela histórica.

El cura tambien vive del altar.

De esto sé yo mucho. ¡Vaya si sé! Tanto al menos como Félix sabia de ilusiones.

El que tiene ilusiones no es pobre; las vende, y vive de ellas.

Lo malo es que no pueden ponerse á rédito, y así es que hoy un pedazo, otro mañana, van desapareciendo poco á poco. Cuando un escritor ha vendido á su editor, en forma de novelas, dramas ó poesías, sus recuerdos de la niñez, sus amores, sus creencias, sus esperanzas y hasta sus desengaños, no le queda un cuarto de ilusiones, y tiene que presentarse en quiebra. Por eso has oido tú que muchos han muerto en el hospital, á pesar de ser grandes hombres, porque habian despachado sus géneros á poco precio, y como á cierta edad ya no se tiene de eso y ellos vivieron mas de lo que les hubiera convenido..... Pero veo que no te diviertes ni yo tampoco me divierto.

Todo esto te lo he dicho porque Félix vendia ilusiones para comprar patatas.

No sé de fijo si era pintor ó músico ó poeta. Pertenecia á una de estas tres clases de vagamundos; no importa á cuál. Vendia por la mañana lo que soñaba por la noche, y así iba tirando, mal, porque el pobre chico era avaro y guardaba cuidadosamente escondido en lo mas recóndito del corazon la mejor parte de su caudal de pobre.

¿Qué piensa asomado á su ventana mientras sus miradas va-

gas é indecisas cruzan en todas direcciones los magníficos jardines de que al principio hemos hablado? ¡Necio! Si vendiera lo que está pensando, podria comprar un excelente par de botas. No le tengamos lástima pues porque las que lleva estén agujereadas.

Pero Félix no se cuidaba de eso. Miraba y miraba, y solo veia los árboles y las fuentes y las flores, cuando lo que sus ojos buscaban era la flor mas bella de aquellos jardines, como hubiera dicho el poeta pollo.

Porque me habia olvidado de deciros que Félix estaba enamorado de Luisa.

Luisa, como supondréis, era la sobrina. En literatura las tias nunca se llaman Luisa.

El nombre de la tia no hace al caso, ni vosotros lo querréis saber, ni yo os lo diria caso de que lo supiera.

Porque yo no pondria nunca sobre las tumbas el nombre del que en ella reposa; que tumba que necesita que digan de quién es, á nadie importa sino á quien va á llorar sobre ella, y á ese no le hace falta leer el epitafio para conocerla.

¡Oh! Y en eso de llorar sobre las tumbas hemos adelantado mucho en España. Cuando miro esos cementerios en que se disputa á la muerte los cinco ó seis piés de tierra que Dios le dió, acinando los cadáveres unos sobre otros en esos infernales nichos, que semejan la anaquelería de una tienda de quincalla; cuando miro esos cementerios en que la palabra *enterrar* es un sarcasmo, porque, contradiciendo las leyes de la naturaleza y robando sus sagrados derechos á los muertos, no se les entierra, sino que se les encajona, horror me da esta raza raquítica y degradada de que formo parte, y horror me diera la misma muerte, si la muerte no fuera el olvido. ¿Cómo quereis que la madre venga á llorar sobre el sepulcro de su hijo, si habeis colocado su tumba en el cuarto piso de vuestra colmena de difuntos?

¡Oh! Felizmente las madres llevan en el corazon las tumbas de sus hijos muertos. Si no, ¡pobres madres! la sociedad os haria economizar vuestras lágrimas, como ha economizado el sagrado campo de la muerte. Felizmente para vosotras, pobres criaturas, únicas almas sensibles que quedan todavía, todo el mundo es la tumba de vuestros hijos, y el santo rocío de vuestros ojos en todas partes les alcanza.

Esto no quiere decir que la tia de Luisa fuera la imágen de la muerte; que á esta nos la pintan flaca como ella sola, y la buena señora era gorda como una señora buena.

Yo me figuro siempre gorda y rolliza á la gente honrada; porque, á pesar de cuanto me dicen, creo que no hay nada que dé de comer tanto en el mundo como la honradez.

Pero ello es que hay mucho pícaro, y no sé cómo lo son tantos *gratis et amore:* ya no vale la pena de ser malo lo que el ser malo produce; que es un principio de comercio que los géneros abaratan con la concurrencia.

En esto se fundaba un escribano amigo mio (yo tengo amigos hasta en el infierno) para ser hombre honrado, ínterin sus colegas no dieran en explotar el filon de la hombría de bien; que una vez que todos poseyesen esa cualidad, cosa era de echarse á pícaro.

Si este escribano hubiera cometido un crímen castigado con pena de muerte por la ley, salvado le hubiera aquella antiquísima de España que indulta al que es único en su oficio.

Esta es la primera vez que de algo me sirve la jurisprudencia, y he gastado en estudiarla catorce ó quince años. No hay cosa como saber la legislacion de su país, y aconsejo á todos los padres que se la hagan aprender á sus hijos.

Félix tambien creo que era bachiller en leyes. Sin embargo de esto, Luisa no asomaba por el jardin, y eso que era ya la una del dia poco mas ó menos; no lo sé de fijo, porque desde que el Gobierno me quitó mi reló, nunca acierto con la hora que es. ¡Oh! ¡Los gobiernos!!...

Tambien le habian quitado á Félix el suyo, y eso que el pobre chico, á quien consumia la impaciencia, hubiera dado por un reló la mejor alhaja de su cara, su magnífico bigote. No os habia dicho todavia que nuestro héroe tenia un magnífico bigote negro, y eso que á algunas de las que lean estos renglones les gustarán así.

Es que mi memoria anda mala. Tampoco me he acordado de dar las gracias al Gobierno por haberme quitado mi reló, que era sin embargo uno de los mejores de España.

¡Oh! Y se lo agradezco mucho.

Desde entonces no sé nunca la hora que es, como os he dicho, y esto es algo.

Nunca comeria en una fonda un cubierto de precio fijo; me haria el efecto de comer cuartos ó pesetas.

Esos hombres que consultan el horario veinte veces al dia, no viven por años, sino por horas, por minutos.

Y la vida no es tan bella que yo quiera gozarla en dósis infinitesimales y continuas; creo seria contar las onzas de oro españolas por *reis* portugueses.

Era la una poco mas ó menos, repito, y Luisa, que acostumbraba dejarse ver á las once, no habia parecido todavía.

¡Qué agitado estaba Félix!

— ¿Si vendrá? ¿Si no vendrá?

De repente apareció una sombra en la puerta del palacio.

Por lo que en aquel momento pasaba en la cabeza de Félix hubiera dado un editor quinientos cuarenta y cuatro reales, algunos maravedises (maravedíes dicen en Andalucía, y me gusta mas, á pesar de la Academia) y cuarenta ejemplares finos de la obra.

— ¡Es ella! dijo, comprendiendo lo que significaba el fuerte latido que le dió el corazon.

¡Oh! Cuando el corazon late, bien sabe por qué. A creer eso os tienen acostumbrados las novelas modernas.

¿Creeis que era ella? Pues no hay tal: era la tia.

III.

No hay tu tia.

El corazon, sin embargo, no se engañaba: cuando *latia* estudiado tenia que era *la tia*.

IV.

Félix pasó toda la tarde asomado á su claraboya, sin que Luisa se dignase bajar al jardin.

En cambio, pudo contemplar á su sabor la hermana del papá, que corria como una loquilla tras de las mariposas y aspiraba el perfume de los jazmines.

Los poetas te han enseñado, oh caro lector español ó americano, que solo las jóvenes bonitas corren tras de las mariposas y aspiran el perfume de las flores.

Pero los poetas te han engañado miserablemente.

Por supuesto que Félix estaba enojadísimo con Luisa, que no le daba el espectáculo de su persona, á pesar de que debia estar muy convencido de que la Duquesita ni aun sospechaba su existencia.

Esto no te extrañará, lector amigo, porque tú tienes cara de estar enamorado, y debes saber por lo tanto lo que son estas cosas.

Pero es el caso que vino la noche, y la tia se fué, y Luisa no salió.

Félix permanecia firme en su observatorio, y si no digo que dando quejas á los vientos y suspiros á las auras, es porque ya ha pasado la época en que se usaban estas frases.

¡Qué delicioso no seria para tí, oh niña romántica, tibiamente bañado por la pálida luz de la luna!

Pero es el caso que aquella noche no alumbraba la luna, porque estaba en menguante.

Las ventanas que al jardin caian se fueron sucesivamente iluminando, y las horas corriendo, dejaron de estar iluminadas todas menos una. Era muy tarde.

— Esa es la de Luisa, murmuró Félix.

Entre las cosas entretenidas con que se divierten los hombres, ninguna lo es tanto como la de contemplar el rayo de luz

que sale por la ventana de la mujer que se quiere, ver su sombra á través de las cortinillas y querer figurarse desde las tinieblas lo que pasa dentro de aquella atmósfera de luz.

No se figure V., señora de mis pensamientos, que esto lo digo por V. No, señora; por la sencilla razon de que su ventana de V. no cae á la calle.

Pero Félix era mas afortunado. Por eso el feliz mortal se constipó pasando la noche entera en su claraboya, fijos los ojos con febril insistencia en el iluminado balcon que él creia del dueño de su alma.

Y sin embargo, ¿por qué no habia de ser de su tia?

Pues sí que debia de ser. Las niñas duermen mas que las viejas, y es mucho mas natural que esta entretuviese la noche con el *Monte-Cristo ó Los Siete pecados capitales.*

Pobre Félix, ¡cuántas ilusiones cruzaron por su cabeza!

¡Y qué malas! Ningun editor le hubiera dado por ellas un maravedí.

Acaso os parezca trivial y manoseado todo lo que voy escribiendo; es, lector español, que tú no entiendes una jota de lo que es bueno, porque creo ser el primer escritor que hace constiparse á su héroe por pasar la noche suspirando á las rejas de su amada. (El poeta Agustin Bonnat pide la palabra con su deliciosa historia de amores *Rubias y morenas*, en la mano.)

Cuando las madrugadas estan frias los galanes de capa y espada se constipan muy á menudo, sobre todo si carecen de capa como nuestro Félix.

¡Ah! Tú eres médico. Sí, lo conozco en que no te disgusta eso de que se propaguen los constipados, aun en la literatura.

El autor no puede menos de consagrar aquí un recuerdo á una capa que tuvo, por supuesto antes de hacerse hombre de letras, muchísimo antes.

Los hombres de letras no suelen tener capa, y si acaso la tienen, es de buenos bebedores. Por eso has oido tú decir muchas veces, lector español, que los poetas tienen el alma fria y gastada; porque suelen abrigarse con ella.

Pero á todo esto habia amanecido.

Félix se dirigió maquinalmente á la novela histórica, es decir, al blando lecho. Un instante despues le habia pasado lo que ahora te está pasando á tí. ¿Qué? ¿No te has dormido todavía? Pues hombre, me alegro. Así como así yo tengo gana de proporcionarte beleño.

V.

PRÓLOGO.

Ya que á la cabeza de estos renglones no he puesto unos cuantos que te digan cuál es mi objeto al escribirlos, diréte ahora, oh lector español ó americano, que ha sido solo el de decirlo que se me ocurra cuando los escriba; que hartos he escrito para darte gusto, pues que los pagas, y es justo. De modo que si buscas argumento ó cosa que lo valga, te equivocas de medio á medio.

VI.

Eran las once, y Félix seguia durmiendo á pierna suelta, soñando que veia á Luisa.

VII.

Se me olvidaba decir que Luisa se acostó la noche anterior á las ocho porque se sentia indispuesta, y que estuvo durmiendo hasta las idem de la mañana. Por lo tanto, la luz que desveló á Félix no alumbraba el insomnio de la niña.

Si yo deseara ser algo, querria ser insomnio de una niña bonita y enamorada.

VIII.

Luisa estaba á las once paseándose en su jardin.

IX.

De modo que si Félix, en lugar de pasar la noche en vela para ver una luz que creia salida de su cuarto, hubiera dormido tranquilamente, á las once veria desde su ventana el rostro hechicero de la Duquesita.

¡Y qué hechicero! ¿Recordais la niña de ojos azules de nuestro poeta Antonio de Trueba? Pues así era Luisa.

Un revistero (entonces se escribian esas revistas de Madrid que tanto le gustaba á V. leer, señorita lugareña); un revistero, famoso por cierto, encubriéndole bajo el pseudónimo (¿para qué servirá esta *p*?) de la señorita H., la comparó á Minna Troel, á esa hada que tanto le enamora á V., señorita de los quince abriles, que lee á Walter Scott á hurtadillas de papá.

Y ¡cosa extraña! como diria Eugenio Sue, caso de que este apreciable señor dijera algo, el revistero tendria razon.

Pero Felix seguia soñando que la veia, y los sueños, sueños son, como dijo el maestro.

Luisa, cansada de pasear, desapareció del jardin.

Un instante despues saltaba Félix de la cama y corria, medio dormido aun, á su querida claraboya.

—Está visto que ya no quiere venir, exclamó tristemente, recorriendo los jardines con la vista.

Mas vale dormir á tiempo que velar un año.

X.

Vengo del café Suizo, donde una muchedumbre de jóvenes se prepara para asistir á un baile de máscaras del teatro Real. ¡Oh! Los recuerdos que la escena que acabo de presenciar despiertan en mi corazon, sí que no os los venderia por todo el oro del mundo, y eso que mi oficio, como el del pobre Félix, es ir vendiendo al primero que llega pedazos de mi alma, lágrimas y sonrisas, suspiros y carcajadas.

Sí, los artistas, los escritores somos muy independientes. El qué está sujeto, el que necesariamente tiene que pasar seis ú ocho horas del dia en un taller ó en una oficina, ese es muy desgraciado. Nosotros de nadie dependemos, somos libres como el aire; solo que nuestro pasado, nuestro presente, hasta nuestro mismo porvenir pertenecen á todos los que quieran gastar algunos cuartos en comprar lo que escribimos.

Pero este recuerdo no os le daria yo por todas las riquezas de la California, esa hermosa miniatura de la sociedad del siglo XIX, sociedad de *mercachifles*, que no val siquiera lo que pesa; pero á quien el mas virtuoso de sus miembros venderia por mucho menos.

Nuestro gobierno ha resuelto un problema, y esto podria ayudarnos para evaluar á la sociedad presente. Segun el dato oficial, un hombre vale seis mil reales. (Véase la ley de quintas.)

¡Seis mil reales! Hombres de estado, preguntadle á una madre cuánto quiere por su hijo. No; á vosotros mismos os dirijo la pregunta: ¿Cuánto quereis por el hijo á quien habeis dado el ser?

Pero no se hable del tráfico de negros; ese es inmoral. Comerciar en carne blanca eso es otra cosa, eso es muy lógico, y todo el mundo lo encuentra razonable; las balas de Sebastopol es necesario que encuentren huesos que romper y sangre que derramar; si no, se desperdiciaria mucho hierro y no están los tiempos para despilfarros, ni es cosa de gastar la pólvora en salvas.

XI.

La carta decia así:

«Le he visto á V. en su ventana, y comprendo su amor y su timidez. ¿Será necesario decir á V. que quien comprende, agradece, y quien agradece, paga?»

Si el pobre muchacho se volvió loco ó no, á tu discernimiento lo dejo.

Me olvidaba decirte, porque á tí es necesario decírtelo todo, que acabo de copiar una carta que Félix recibió, poco despues de levantarse, por el correo interior.

Si el que una vez ha sido dichoso debe morirse, Félix debió morirse en aquel momento.

(*Concluirá.*)

LUIS DE EGUILAZ.

El mundo hace lo mismo con la juventud, que el sol con las plantas, ó la alimenta ó la mata.

Un motivo no es mas que una excusa.

La paciencia dulcifica nuestras penas, expia los pecados y pone á prueba nuestra virtud.

El malvado siente estar solo y teme á la sociedad.

Una duda en materia de fé conduce á dudar de todas las verdades.

La educacion es un seguro para la vida, y un pasaporte para la eternidad.

El mundo es ligero en sus suposiciones y casi siempre verdadero en sus juicios.

El dolor que se siente es el que parece mayor de todos.

Entre un héroe y un hombre que pasa desapercibido, no suele haber mas distancia que la ocasion.

La dicha es como un avaro de mala fé, que no salda exactamente sus cuentas nunca.

En la muerte de la señora Doña María de.....

Soneto.

Como alta vid que en heredad cercada
fruto de bendicion fecunda cria,
tal descollabas tú, dulce María,
vid por el huracan hoy destrozada.
Se ve tu losa fúnebre bañada
con abundante lloro noche y dia:
cinco voces te dicen: ¡Madre mia!
otra dice á la par: ¡Consorte amada!
Mitigad el dolor. Decreto santo
marcó su fin á la fugaz carrera
de la que os deja en soledad y llanto.
Ella fue vuestro bien, vuestro consuelo;
angel mortal para vosotros era:
Dios lleva al ángel de la tierra al cielo.

J. E. HARTZENBUSCH.

A PILAR.

Yo que tanto he gustado de pilares,
que si arquitecto fuera,
sin pilar nada hiciera,
y aun los pusiera á pares,
y ningun edificio levantara
que un pilar á lo menos no llevara:
confiésote, Pilar (bromas á un lado),
que si no me encontrase, ¡caso horrendo!
un padre reverendo,
ya casi jubilado;
que si cual otro tiempo yo me viera
intonso colegial, jóven novicio,
hiciérate pilar de mi edificio,
del templo de mi amor pilar te hiciera,
aunque por ello fuera
castigado una vez, y veinte, y ciento
por el padre guardian de mi convento;
y aunque me condenara
con saña peregrina
á ayuno, y á cilicio, y disciplina,
y sobre mí lanzara
excomunion mayor, y otras sentencias
y duras penitencias
como oveja leprosa del aprisco
de mi glorioso padre San Francisco.
Yo sufriera estas penas afrentosas,
y otras que en tu talento imaginares
con paciencia ejemplar; porque á pilares
de esbeltas formas, bellas y graciosas
tan dado he sido siempre y estoy siendo,
que si en lugar de ser un reverendo,
ya casi jubilado,
me viera por milagro transformado
en un jóven novicio,
hiciérate pilar de mi edificio,
del templo de mi amor pilar te hiciera,
pese á frailes franciscos,
y antes llevára el huracan los riscos
que mi templo se hundiera,
si tal pilar mi templo sostuviera.

FRAY GERUNDIO.

POESIA.

Luenga cabellera leve
en su espalda renegrea,
como la endrina en la nieve;
y resplandece y se mueve
como la llama en la tea.
Del nítido mar hirviente
mas flexible que la ola,
á su pudorosa frente
rizándose blandamente
ciñe mágica aureola.
Y partida en bucles mil,
de su pecho de marfil
bebe balsámico olor,
cual arroyuelo sutil
el aliento de la flor.
Ardiente como la grana
y tersa como el cristal
es su mejilla lozana,
que templa sombra liviana
de tinte meridional;
sombra de luz vibradora
que su tierno pecho cela,
vaga sombra que se ignora
si en su fino cutis mora,
ó si al aire en torno vuela.

ANTONIO DE LOS RIOS ROSAS.

Director y propietario, D. EDUARDO GASSET.

Imprenta de la VIUDA DE PALACIOS.